

B I E N E S Í N T I M O S :

RELEYENDO HISTORIAS *de* FAMILIA Y PODER

SARAH E. WATKINS

Las historias de género y sexualidad se han vuelto cada vez más comunes desde los años 70. En gran parte, debido al resultado de un mayor acceso a la academia, obtenido por las mujeres, trayendo con ellas las perspectivas de sus experiencias de vida. Los primeros esfuerzos para incorporar a las mujeres en las narrativas históricas se centraron en las mujeres que ejercieron formas de poder tradicional: mujeres guerreras y gobernantes. Los historiadores africanos, en particular, ampliaron los análisis históricos para incluir a las mujeres pobres y de clase trabajadora, analizando cómo las mujeres crearon comunidad, participaron en la religión y en los rituales, y operaron como actores económicos.

En este contexto, los historiadores también comenzaron a analizar las estructuras familiares y las dinámicas del poder al interior del parentesco. Las historiadoras feministas de los Estados Unidos enmarcaron estas historias en términos de trabajo y de economía. A partir del concepto sociológico de “capital social”, que puede ser definido

como los recursos obtenidos a través de relaciones y de redes, estas académicas se preguntaron: ¿cómo las mujeres contribuyeron con este tipo de capital en sus hogares y sus familias? Alice Abel Kemp definió esto como trabajo doméstico –asignándole un estatus igualitario al salario ganado por fuera del hogar– e identificó cuatro categorías distintas. La primera es el trabajo doméstico, como el mantenimiento de un hogar, el suministro de alimentos, etc. La segunda es el trabajo de apoyo, o lo que después los historiadores llamarían “trabajo emocional”. La tercera es el estatus de protección, que es lo que pensamos del trabajo que las mujeres regularmente hacen para ser atractivas y deseables con el fin de que sus esposos luzcan exitosos. Y la cuarta es el cuidado de los niños y el trabajo reproductivo.

Cada una de estas formas de trabajo ha sido interrogada por los historiadores de los Estados Unidos, y en un menor grado en Europa occidental, Asia, y América Latina moderna. Sin embargo, los historiadores

africanos han demostrado ser reacios a comprometerse con estas teorías, tal vez porque son teorías que se aplican más a las sociedades del capitalismo tardío. En un contexto poscolonial, estas formas de trabajo adquieren nuevos significados. Y tal y como la teórica feminista Oyèrónké Oyěwùmí ha escrito extensivamente sobre esto, las categorías de género binarias no son particularmente relevantes en muchos contextos africanos, específicamente en el periodo pre-moderno, en el que la edad es más una categoría de análisis, sobre todo si se considera la forma en que la edad tiene impacto en la comprensión sobre el género y el poder.

Sin embargo, al leer los textos de las tradiciones orales del reino de Ruanda pre-colonial –que en ocasiones se refieren al reino Nyiginya, después de su régimen de clan dinástico– fue imposible no ver cómo estas formas de trabajo doméstico funcionaron, sobre todo al interior de las élites en la corte real. El rey o *mwami*, gobernaba junto a su madre biológica, la *umugabekazi*. Su reino era administrado por una corte constituida por sus esposas e hijos, así como también por varios consejeros.

La monarquía como sistema de gobierno se ha basado en gran medida en las relaciones íntimas. Uno se convierte en gobernante por haber nacido en la familia correcta. El rey elige a sus administradores entre varias familias nobles, que crean redes de obligación mutua entre sí a través del matrimonio y la producción de niños. Los amigos y las amantes del rey con frecuencia se encuentran cosechando los frutos de esas relaciones a través del poder y la riqueza.

Un aspecto muy importante de la conservación de los sistemas monárquicos son las alianzas matrimoniales. Por un lado, escribir sobre el matrimonio es una manera de llevar a las mujeres hacia el registro histórico. El matrimonio vincula a las mujeres con las historias de la economía, del trabajo, de la política, e incluso de la guerra. Por

otro lado, la forma en que los historiadores han intentado escribir sobre las mujeres y el matrimonio, a menudo relega a las mujeres al rol de objetos de intercambio, o de víctimas dentro de un sistema que ellas no construyeron y en el que participaron pasivamente.

El desafío, entonces, es repensar: ¿cómo nos acercamos a las historias de matrimonio y de relaciones íntimas en el periodo pre-moderno? Esto es aún más difícil debido a las fuentes con las que tenemos que trabajar. En el caso de mi propia investigación sobre la Ruanda monárquica de los siglos XVIII y XIX, estas fuentes se componen de las narrativas históricas, de la poesía dinástica, de los textos de los rituales reales, y de las genealogías de las familias aristocráticas. Cuando comencé este proyecto, a través de la lectura de estos textos, di cuenta casi de inmediato de la presencia de las mujeres de la élite, prácticamente en cada momento y decisión importante de la historia. Pero las mujeres también tenían complejas redes de relaciones en torno a ellas, en particular las mujeres que se convirtieron en *abagabekazi* (reina madre). Ellas permanecieron vinculadas estrechamente a sus familias de origen, trabajando con sus padres, hermanos, y tíos como consejeras. Pero también tenían responsabilidades con sus esposos de la realeza, y se extendieron más allá de la producción de herederos. Estas mujeres no fueron meros objetos utilizados para cimentar las alianzas entre los hombres; ellas fueron actores políticos activos en su propio derecho.

Un caso en el que vi claramente esto fue el ascenso al poder de la Umugabekazi Nyiramongi, quien gobernó alrededor de 1845 y 1863. Ella era la sobrina de la *umugabekazi* anterior, quien había llegado al poder en medio de una destructiva guerra civil al final del siglo 18. El padre de Nyiramongi nunca fue poderoso, pero Nyiramongi ganó reputación en la corte por su belleza. Su prima, Umugabekazi Nyiratunga, probable-

“LA MONARQUÍA COMO SISTEMA DE GOBIERNO SE HA BASADO EN GRAN MEDIDA EN LAS RELACIONES ÍNTIMAS...”

mente le hizo llamar la atención de su hijo, Mwami Gahindiro (g. 1820 - 1845). En este momento Nyiramongi estaba viviendo en la casa de su padre, cerca de la frontera de la Burundi de hoy en día (que frecuentemente cambiaba durante el siglo 19).

La historia de Nyiramongi es bastante singular al interior de las tradiciones orales, porque tenemos algunos detalles sobre su vida temprana, antes de haberse casado con el *mwami*. Estas narrativas históricas son difíciles de interpretar, porque contienen muchos adornos retóricos y adiciones de periodos posteriores. Sin embargo, también nos ayudan a comprender cómo ellos mismos fueron percibidos por los historiadores oficiales de la corte y los narradores de todo el país. La imagen abrumadora que surge de Nyiramongi es que ella fue un político visionario y ambicioso, incluso desde que era muy joven.

El matrimonio de Nyiramongi con Gahindiro fue, al final, el resultado de una negociación. Gahindiro, al igual que la mayoría de sus predecesores, tenía un amante masculino oficial y reconocido, Rugaju. Rugaju era el consejero más cercano de Gahindiro, a quien había conocido en el *intore*, o entrenamiento guerrero de élite. Este era un sistema de educación para los niños y los

jóvenes de la élite, donde les enseñaron no solo las habilidades para el campo de batalla, sino también la danza, la poesía, y se les socializó en lo que significaba ser una élite dentro de su sociedad. No era raro que los hombres de élite tuvieran relaciones sexuales con personas de su mismo sexo; al igual que muchas otras sociedades de élite militar en todo el mundo, y en el transcurso del periodo pre-moderno, las intimidades sexuales entre los hombres fueron aceptadas como parte de estos círculos sociales. La relación que creció entre Gahindiro y Rugaju era fuerte, y duro toda la vida. Gahindiro nombró a Rugaju su *umotoni*, lo que significó que era su consejero más cercano, y dio a entender su disposición de sacrificar sus vidas el uno por el otro.

Gahindiro eligió a Rugaju para que fuera a traerle a Nyiramongi y también para llevarla a la corte. Pero Rugaju, quien era bastante ambicioso, decidió que quería casarse con Nyiramongi, y dio por sentado que Gahindiro le daría lo que él quisiera. Entonces envió a su propio servidor a que fuera por ella. Hubo una disputa entre el servidor de Rugaju y Nyiramongi, y cuando su padre se mostró incapaz de defenderla, Nyiramongi se vio obligada a planear una estrategia. Ella no podía permanecer desprotegida. Había visto el ejemplo de su tía, Nyiratunga, y esto parece haberle dado una fuerte impresión sobre ella. Entonces decidió que se casaría con Gahindiro en lugar de Rugaju, y parece haber hecho esto tanto para vengarse de Rugaju por sus tácticas de mano dura como por cualquier otra cosa.

La rivalidad entre Nyiramongi y Rugaju es una excelente ilustración del por qué los historiadores deben considerar seriamente las relaciones íntimas en el estudio de los regímenes monárquicos en el mundo pre-moderno. Ambos accedieron al poder monárquico a través de las relaciones íntimas. La posición de Rugaju en la corte tuvo lugar casi que exclusivamente gracias a Gahindiro; su propia familia estaba constituida

por inmigrantes recién llegados al país y no tenían mucha influencia en la corte. Sin embargo, debido a Gahindiro, Rugaju se convirtió en el hombre más poderoso del país. Algunas tradiciones orales se refieren a él como el “regente”, porque Gahindiro le dio bastantes responsabilidades en la administración cotidiana del reino. También dirigió algunos de los ejércitos más poderosos del reino, dos de los cuales fueron tomados de Nyiramongi y de su hermano Rwakagara, con el fin de enriquecer a Rugaju.

Nyiramongi, del mismo modo, debía su importancia a las relaciones íntimas, pero la suya era de una base más amplia. Ella pertenecía a un linaje y a un clan importante; a pesar de que su padre no era poderoso, su prima lo era, y muchos de sus ancestros habían sido reinas y reina madre, generales y guerreros. Su matrimonio con Gahindiro trajo consigo su poder personal, esto también le permitió a ella mejorar la autoridad de aquellos quienes estaban a su alrededor –esto fue particularmente cierto para su hermano, Rwakagara–. A través del patronazgo de Nyiramongi, él se volvió increíblemente rico y poderoso, comandando los ejércitos y la distribución de los rebaños y el ganado en todo el reino y ayudando a expandirlo hacia nuevos territorios.

Esto también condujo a incrementar el conflicto entre Nyiramongi y Rugaju. Su primer intento de secuestro y de casarse con ella no fue más que el comienzo de su enemistad. Pasaron la mayor parte de sus vidas tratando de minar las vidas de cada uno ante los ojos de Gahindiro. Nyiramongi era hábil al usar su éxito reproductivo a su favor, mientras que Rugaju no tenía tal recurso a las nociones de la elección de un heredero para continuar con la estabilidad en el reino de Gahindiro. Por último, Nyiramongi se convirtió en *umugabekazi*, y en silencio creó un bando en contra de Rugaju. Dos años después de su reinado, ella mandó a ejecutar a Rugaju por el asesinato de Gahindiro –aunque hay muy poca evidencia de

que Gahindiro haya muerto de cualquier otra cosa que por causas naturales–.

Las lecciones de este conflicto para los historiadores demuestran que la incorporación de la intimidad en nuestros análisis históricos va más allá de la simple “inclusión” de las mujeres en el establecimiento de las narrativas históricas; de hecho, ni siquiera son sólo las mujeres que emplean la intimidad como un medio para obtener poder. Por el contrario, un enfoque de la intimidad sugiere que reconsideremos lo que entendemos por “poder”: necesitamos ampliar nuestra comprensión del término para incluir formas tanto instrumentales como violentas del poder, así como también el poder íntimo que proviene de las formas más sutiles de manipulación que están ligadas con las relaciones de afecto y de obligación. Los Estados pre-modernos se desarrollaron no sólo a partir de las conquistas, sino también a través de la creación de redes de parentesco y de intimidad. Reajustando los lentes a través de los cuales vemos el poder, nos da la capacidad de reconocer sus múltiples formas, así como también de formular nuevas y mejores preguntas sobre las relaciones entre género, instituciones y autoridad.

Sarah E. Watkins

Doctora en Historia y Estudios de Feminismos de la Universidad de California, Santa Bárbara. Sarah es parte del equipo editorial del Blog *Notches (re)marks on the History of Sexuality*. Sus intereses abarcan la historia pre-colonial de Ruanda, la diáspora Africana, y los estudios de género y sexualidad. En su tiempo libre le encanta cocinar, viajar, las manualidades, la ciencia ficción y la fantasía.

Traducido por: Julián Lasprilla, candidato a doctor en filosofía de la Universidad Paris 8 Vincennes-Saint-Denis, Francia. Es un amante de la filosofía, amigo de la literatura y apasionado por el psicoanálisis.